

El “yo” moderno y la energía emocional: cartas para una red iberoamericana*

The Modern “I” and Emotional Energy: Letters for an Ibero-American Network

*Claudio Maíz***

Fecha de Recepción: 2 de junio de 2025
Fecha de Aceptación: 12 de agosto de 2025

DOI: <https://doi.org/10.46553/RGES.61.2025.p89-101>

Resumen

El presente trabajo tiene como propósitos, en primer lugar, reflexionar sobre el significado e incidencia que posee la correspondencia entre intelectuales en la configuración y circulación de ideas, sean de orden estético, político o cultural en general. Otro de los propósitos se vincula con la conformación de redes intelectuales que se pueden ver plasmadas en los epistolarios. En este punto, nos proponemos observar más detenidamente la implicancia de la afectividad en el interior de una red iberoamericana. Dicho en otros términos, se ponderan las emociones experimentadas en conjunto, que pueden tener una dimensión dual o colectiva, si se sitúan en los marcos de una red.

Palabras clave: Epistolario; Red, Iberoamérica

Abstract

The purpose of this article is, first, to reflect on the significance and impact of correspondence among intellectuals in the shaping and circulation of ideas, whether aesthetic, political, or more broadly cultural. A further aim concerns the formation of intellectual networks, which can be observed in epistolary exchanges. In this regard, we seek to examine more closely the role of affectivity within an Ibero-American network. In other words, we consider the emotions experienced collectively, which may take on a dual or a collective dimension when situated within the framework of a network.

Keywords: Epistolary collection; Network; Ibero-America

* Este artículo recoge la exposición del Dr. Claudio Maíz en el VI Seminario Lazos de Tinta que tuvo lugar el 28 de junio de 2024. Se trata de un evento científico, organizado anualmente desde 2016 por el Instituto de Historia de la Facultad de Derecho y Ciencias del Rosario de la Universidad Católica Argentina, y por el Grupo de Estudio Escrituras y Representaciones del Pasado (GEREP) radicado en el Nodo Instituto de Historia del IDEHESI-CONICET.

** Universidad Nacional de Cuyo-CONICET, Facultad de Filosofía y Letras - CILHA Mendoza - República Argentina. E-mail: cl_maiz@yahoo.com.ar

Introducción

El presente trabajo tiene como propósitos, en primer lugar, reflexionar sobre el significado e incidencia que posee la correspondencia entre intelectuales en la configuración y circulación de las ideas, sean estas de orden estético, político o cultural en general. Cabe aclarar que uno de los antecedentes más destacados en cuanto al estudio de la red a la que vamos a referirnos es el texto de Susana Zanetti, *Modernidad y religación*. Sin embargo, a diferencia de este trabajo, en nuestro caso hemos puesto especial énfasis en el discurso epistolar como una de las vías por las que se produce lo que Zanetti llama “religación”.¹

Este enfoque es pertinente, habida cuenta de que la carta, en su origen, estuvo vinculada a la administración y los asuntos del Estado. Sin embargo, con el tiempo —sin perder aquel otro carácter— se fue transformando en un dispositivo que amplió el tipo de comunicación que, entre amistoso y pragmático, permitió la transmisión de un discurso compuesto por ideas, opiniones y visiones de conjunto, más de interés autobiográfico.

Otro de los propósitos se relaciona con la conformación de redes intelectuales que se pueden ver plasmadas en los epistolarios. En este punto, nos proponemos observar más detenidamente la implicancia de la afectividad en el interior de una red iberoamericana. Dicho en otros términos, se ponderan las emociones experimentadas en conjunto, que pueden tener una dimensión dual o colectiva, según estén en los marcos de una red. Las emociones pueden considerarse factores determinantes en la conformación, consolidación y demarcación de la red.

La diferencia señalada entre dual y colectiva obedece al hecho de que, por la naturaleza misma de las cartas, la experiencia emocional es dual y expresa emociones comunes que circulan en más de un conjunto de cartas. En el caso de emociones experimentadas por varios sujetos, estas vienen a ser la conjunción o sumatoria de aquellas que se detectan en el diálogo, en el intercambio dual; esto es, se obtienen gracias al entrecruzamiento de diversos epistógrafos vinculados entre sí.

El recorte espacio-temporal denominado *iberoamericano* es, desde un punto de vista político-cultural, de estructura isomórfica hacia comienzos del siglo XX, lo que habilita tomarlo como un campo en el que se pongan a prueba algunas hipótesis. Ya en un estudio sobre el epistolario entre José Enrique Rodó y Miguel de Unamuno, Rodolfo Gutiérrez Simón habla del

¹ Cabe aclarar que uno de los antecedentes más destacados de la red a la que vamos a referirnos es el texto de Susana Zanetti, “Modernidad y religación: una perspectiva continental (1880-1916)”, en *América Latina: Palabra, Literatura e Cultura. Volume 2: Emancipaçao do Discurso*, organizado por Ana Pizarro (Sao Paulo, Memorial da América Latina, Unicamp, 1994), pp. 489-534.

isomorfismo.² Los diálogos, polémicas, disidencias y alianzas deben enmarcarse en esta estructura isomórfica, que deja aflorar un cierto aire familiar en las percepciones generales de la situación cultural de América Latina y España.

Por añadidura, la estructura isomórfica —que con facilidad se podría asociar con la *estructura de sentimientos* de Raymond Williams³— nos permite revelar coincidencias en las emociones experimentadas y transmitidas en las cartas. Con respecto a los epistolarios, hay algunos más completos que otros; aun así, trataremos de ocuparnos de los más relevantes de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, con vistas a cartografiar la red iberoamericana en los aspectos ya puntuados.

La “energía emocional” en las redes epistolares iberoamericanas

Hemos definido el espacio iberoamericano gracias a la noción de isomorfismo, y establecido la importancia de la carta en la producción eidética. Asimismo, hemos podido establecer las diferencias y distancias ontológicas que existen entre el trabajo intelectual dentro de comunidades y de concentración en un sí mismo. La carta que asociamos a la primera instancia está signada por una dimensión social que el diario —que pusimos como ejemplo contrario— no posee.

Ahora bien, si las redes son una conjunción social y afectiva, ello tiene que ver con el poder dialógico que las rige. No habría red sin una “energía emocional” favorable o positiva, lo que no necesariamente implica la sola experiencia de sentimientos de satisfacción.

Como su nombre lo indica, la microsociología se ha ocupado de estudiar los fenómenos sociales a menor escala. Es una perspectiva metodológica que se ajusta muy bien a lo que pretendemos presentar en este apartado. Nos referimos al peso emocional en las relaciones epistolares, que resulta un atributo necesario para la afirmación o no de una red y, por tanto, del intelectual como “generador de discursos” en la dinámica del funcionamiento reticular.

Es preciso aclarar que, aunque no existe de manera permanente esa presencialidad que reclama Randall Collins en su teoría,⁴ en la relación epistolar hay siempre una instancia en la que los correspondientes se encuentran y luego manifiestan el placer de haberse visto. Este comportamiento, aunque esporádico, es casi “ritual”.

² Rodolfo Gutiérrez Simón, “Rodó, profeta carismático. Análisis de la relación epistolar entre José Enrique Rodó y Miguel de Unamuno en torno al Ariel”, *Biblioteca Saavedra Fajardo*, p. 2. Consultado en: <http://www.saavedrafaja.do.org/Archivos/Rodoprofetacarismatico.pdf>

³ Raymond Williams. *Marxismo y literatura*, prólogo de J. M. Castellet, traducción de Pablo di Masso (Barcelona: Ediciones Península, 2000)

⁴ Randall Collins, *Cadenas de rituales de interacción*, proemio y traducción de Juan Manuel Irazo (Barcelona: Anthropos Editorial; Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia, 2009)

La sociología de las emociones —una línea de estudio que arranca en la década de los ochenta del siglo pasado— ha tomado de Randall Collins algunos de los principios que desarrolla en su teoría de los rituales de interacción, de donde se desprende lo que el sociólogo denomina “energía emocional”, la cual tiene un gran valor aglutinador entre los individuos.⁵ El comportamiento en las comunidades intelectuales presenciales y no presenciales es análogo. En las cartas es posible percibir un deslizamiento de energía emocional que tiene una fuerza de atracción o también puede producir su efecto contrario.

No debemos olvidarnos, tampoco, de que tratamos con discursos y no con sujetos que se encuentran frente a frente. El análisis, por tanto, de esas energías emocionales circulantes en los epistolarios, se verá afectado por diferentes variables, tales como el hecho de que “el discurso puede ser portador y desencadenante de sentimientos y emociones, [sin embargo] no es en él donde se encuentra la prueba de la autenticidad de lo experimentado”. Tampoco puede confundirse la consecuencia desencadenada por un discurso con “la gestación posible de un sentimiento y el sentimiento como emoción experimentada”, tal como advierte Charaudeau.⁶

Los tópicos propios de la carta encajan con esta dualidad: a veces las expresiones de afectividad son solamente fórmulas sociales o, en otras ocasiones, sentimientos verdaderamente experimentados. Además, la sociabilidad que le hemos reconocido a la carta anteriormente está en una dirección asimismo social de la producción de emociones o, en otras palabras, se encuentra condicionada por la circunstancia social de quien experimenta la emoción.

Escribe Bericat: “el objeto propio de la sociología de la emoción [es], estudiar las relaciones entre la dimensión social y la dimensión emocional del ser humano”.⁷ Una rápida lista de tales emociones que brinda es: “Soledad, envidia, odio, miedo, vergüenza, orgullo, resentimiento, venganza, nostalgia, tristeza, satisfacción, alegría, rabia, frustración”.⁸ Con todo, al ser tan variadas las experiencias emocionales, para intentar examinarlas en los epistolarios podríamos valernos de una condensación que Rodríguez Salazar realiza en dos grandes tipos:

⁵ Nos recuerda Collins: “Durkheim planteó la cuestión central: ¿qué mantiene unida a una sociedad? Su respuesta son los mecanismos que producen solidaridad moral, que /.../lo hacen focalizando, intensificando y transformando emociones.” Collins, *Cadenas de rituales*, p. 141.

⁶ Patrick Charaudeau, “Las emociones como efectos de discurso”, *Versión*, n. 26 (2011), p. 109.

⁷ Eduardo Bericat Alastuey, “La sociología de la emoción y la emoción en la sociología”, *Papers. Revista de Sociología*, v. 62, p. 150, disponible en: <http://papers.uab.cat/article/view/v62-bericat>, fecha de acceso: 31 oct. 2016.

⁸ Eduardo Bericat Alastuey, “La sociología...”

las emociones de bienestar (la alegría y la tristeza) y *las emociones morales* (como el orgullo, la culpa o la vergüenza).⁹

Los aspectos cognitivos están influidos por las emociones.¹⁰ La producción de discursos que tienen a las acciones reticulares del intercambio epistolar como antecedente demanda ocuparse de algunos aspectos tanto nacionales como emocionales de la fundación de discursos.

Las emociones de bienestar (la alegría y la tristeza)

La modernidad trajo consigo la desacralización de la sociedad, el crecimiento de las capitales, el aumento demográfico, la vida urbana y la aparición de multitudes, entre otras profundas modificaciones.¹¹ Norbert Elias ha demostrado los cambios en la “estructura emotiva” de las sociedades en la modernidad y “de control de los seres humanos que mantienen la misma orientación a lo largo de toda una serie de generaciones”.¹²

Estos efectos impactaron en la actividad artística, que se vio ante la necesidad de someterse a las mudanzas impuestas por el desarrollo capitalista, con su creciente tecnificación y mercantilización, o bien buscar denodadamente la autonomía del arte y la profesionalización de la actividad.¹³ Eso sí, existía un sentimiento compartido de ambigüedad frente a las ciudades: rechazo y atracción a la vez.

Es así como se va imponiendo la temática del “aislamiento” como producto de un sentimiento de malestar. El aislamiento podía servir para facilitar la creación o sencillamente officiar como pacificador de los espíritus. En una carta de Juan Ramón Jiménez a Rubén Darío, le dice el gran poeta español:

“Me habla usted de mi aislamiento ¡mi aislamiento! Yo he sido siempre, como usted sabe, un aislado; como que la soledad es buena amiga de la bondad y de la belleza. Ahora bien, la cuestión es ésta: ¿dónde debe uno aislarse? ¿En un pueblo como Moguer? Hay paz, hay silencio...relativo; se reciben libros, revistas, cartas; pero no puede ir uno a un museo, a un concierto, a un parque monumental. ¿En una gran

⁹ Tania Rodríguez Salazar, “El valor de las emociones para el análisis cultural”, *Papers. Revista de Sociología*, 87, p. 146.

¹⁰ Carlos Castilla del Pino, *Conductas y actitudes* (Buenos Aires: Tusquets, 2010), p. 8.

¹¹ Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo Supuestos históricos y culturales* (Barcelona: Montesinos, 1983).

¹² Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1993), p. 10.

¹³ A partir del romanticismo europeo, de acuerdo a Said se produce: “Una revolución en el gusto y en el estilo estético lleva al público a considerar al artista como un ser especial, alguien que gracias a su genio y poder de expresión crea obras que celebran la fantasía, la creatividad, la ingenuidad y la originalidad.” Edward W. Said, “Cultura, identidad e historia”, en *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*, compiado por G. Schröder y H. Breuninnger (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005), p. 38.

ciudad como París? En el ambiente de una gran ciudad existe todo, por lo mismo, falta la nostalgia. En fin, el asunto es soñar pensar cantar de un modo o de otro, pues que en todas direcciones puede encontrarse la belleza absoluta; ir arrancando las mejores rosas por todas las avenidas del destino.”¹⁴

El poeta español cree compartir ese sentimiento que le atribuye a Darío, pero el nicaragüense es demasiado mundano para siquiera pensar en abandonar las grandes ciudades. Por el contrario, Miguel de Unamuno fue uno de los más firmes defensores de la necesidad de alejarse de la gran ciudad y se congratula de haber elegido Salamanca para vivir. Le escribe, desde Salamanca, a Darío en una carta fechada en 1900: “Tiene usted razón; es lamentable el achacamiento que aquí nos opprime. Por eso me aíslo en este rinconcito, del que no deseo salir. Aquí en casa, teniendo frente a mi balcón la extensa sierra de Gredos, nevada ahora, me constituyo un universo /.../.¹⁵ Y agrega: “No me creo ni más ni menos, ni igual que otro cualquiera, que no somos los hombres cantidades, pero cada uno es único e insustituible, y en serlo a conciencia pongo mi principal empeño.”¹⁶

La ambigüedad antes indicada sobre la vida en grandes ciudades aflora en esta comunicación de Darío a Unamuno, el 7 de febrero de 1900: “Yo continúo aquí en una soledad mental desesperante. Le aseguro que cada día me siento más extranjero en este medio, en donde, por otra parte, no puedo quejarme de falta de personales simpatías. Mas, francamente, no es poco lo que en mí influye esta atmósfera de decaimiento y de achacamiento. ¡Necesito cambiar de aires!”.¹⁷ A lo que el escritor español le responde: “Necesito cambiar de aires —me dice usted. Pues cambie de ellos, amigo Darío, pero créese, ante todo, su aire interior.”¹⁸ Más adelante, Unamuno agrega: “Cambio de aires; busque soledad.”¹⁹ Es una invitación a que abandone la gran urbe.

Miguel de Unamuno y Rubén Darío tienen sentimientos muy diferentes sobre la cultura francesa, cuestión que atañe a las identidades iberoamericanas. Ya se sabe de la “causa” unamuniana en favor de abandonar ese gusto por lo francés en los países de habla hispana. En 1902 le declara a Darío su desdén por lo francés, su gusto por la literatura americana y remata:

¹⁴ Alberto Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío* (Buenos Aires: Losada, 1943), p. 25.

¹⁵ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 36

¹⁶ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 37

¹⁷ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, pp. 51-52.

¹⁸ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 37. Esta carta guarda mucho interés porque en ella Unamuno adelanta algunas ideas del ensayo “¡Adentro!” que está escribiendo y se trata de un verdadero proselitismo a favor del yo.

¹⁹ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 38.

“Los países del Norte me atraen; decididamente no tengo alma latina.”²⁰ Estas diferencias no eran nuevas, por cierto, pero también involucraban a otro latinoamericano notorio por entonces: José Enrique Rodó.

Este uruguayo le escribe a Unamuno el 12 de octubre de 1900: “Yo me reconozco muy latino, muy meridional; por lo menos como manifestación predominante de mi espíritu /.../.”²¹ Ya Darío, en carta escrita en Madrid el 16 de mayo de 1899, le revelaba a Unamuno: “Le confesaré, desde luego, que no me creo escritor americano.” El poeta alude, para apoyar su afirmación, a una carta de José Enrique Rodó escrita a José Berisso, secretario de Darío, en la que Rodó afirma que Darío “no es el poeta de América”.²²

Darío va más allá todavía: “Mucho menos soy castellano. Yo ¿le confesaré con rubor? No pienso en castellano. ¡Más bien pienso en francés! O mejor, pienso ideográficamente; de ahí que mi obra no sea castiza. Hablo de mis libros últimos. Pues los primeros, hasta *Azul*, procede de innegable cepa española, al menos en su forma.”²³

Se podría haber esperado una reacción mucho más intempestiva del escritor vasco; sin embargo, Unamuno le escribe también en 1899:

“Lo que yo veo, precisamente en usted, es un escritor que quiere decir, en castellano, cosas que ni en castellano se han pensado nunca ni pueden, hoy, con él pensarse. Tiene usted que hacerse su lengua, y en esta labor inmensa se gastan energías que el escritor clásico aprovecha en expresar las ideas comunes en su país y en su tiempo, cuando estas ideas son vivas, es decir, en las épocas clásicas. Cuando las ideas comunes son muertas, como hoy sucede, en España, el escritor, purista y correcto y de irreprochable lenguaje, sólo expresa sonoras vulgaridades /.../.”²⁴

Para Darío no era una ofensa lo que el uruguayo Rodó había escrito sobre su temprana obra, y para Unamuno, sin refrendar esos dichos, reconoce en el poeta nicaragüense la novedad de manifestar cosas hasta entonces no expresadas en español. Lejos estaba del reproche; por el

²⁰ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío.*, p. 43.

²¹ José Enrique Rodó, *Miguel de Unamuno. Epistolario*. Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispánico, p. 8, disponible en: <http://www.saavedrafajardo.org/Archivos/epistolariorodounamuno.pdf> fecha de acceso: 20 de set 2016.

²² José Enrique Rodó, “Rubén Darío / Su personalidad literaria, su última obra / La Vida Nueva, II (1899)” *Obras Completas*, Introducción, prólogos y notas por Emir Rodríguez Monegal, (Madrid: Aguilar, 1967), p. 1508. [este texto inicialmente carta se convertirá luego en un prólogo a la 2º edición de *Prosas Profanas* de 1901]

²³ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 47-48.

²⁴ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 32.

contrario, le reconocía el esfuerzo de todo escritor que se precie, esto es, hacerse una lengua propia.

Sin embargo, el problema de la lengua no se agota en estos dos corresponsales. El guatemalteco Enrique Gómez Carrillo se escandalizaba, en 1896, por el hecho de que Rubén Darío hubiera tenido que “aceptar empleo” en Buenos Aires²⁵ y le escribe: “Verdaderamente su desgracia consiste en no escribir en francés o en inglés /.../ ¡Si usted fuese parisense, tendría un carroaje, Rubén!”²⁶ Todavía en 1913 (carta del 15 de diciembre), el argentino Alberto Gerchunoff se lamentaba, desde París: “Si Ud. hubiese escrito en lengua francesa sería un poeta más universal.”²⁷ En esa misma carta, Alberto Gerchunoff le confiesa su “desilusión de París” y realiza una comparación en la que los países americanos superan a los europeos: “los hombres de los países bárbaros hemos concretado una actualidad más variada y más profunda en almas y *en vida afectiva*. ”²⁸

Es notable, entonces, que señale una especie de estructura afectiva superior a la desarrollada en Francia —especialmente en París—, y ello en razón de los permanentes rechazos a los que se ven enfrentados los latinoamericanos. Lo dicho se puede percibir en Enrique Gómez Carrillo, en una carta fechada en 1900: “Yo siempre aquí contento o triste, pero siempre menos aburrido de lo que se me figura que estaría en otra parte. París es para mí, más que otra cosa, un pretexto.”²⁹ No obstante, el descontento o la abulia no son nuevos. En una carta probablemente fechada en 1894, le transmite a Darío: “Al fin he conseguido fastidiarme de mi vida en París. La pobreza y la bohemia son muy bonitas cuando *han pasado*, pero mientras se está en ellas es horrible.”³⁰

Como se aprecia en algunos modernistas, la relación con las grandes ciudades es ambivalente: de atracción y rechazo, según la manera en que marchen los proyectos personales. Enrique Gómez Carrillo pareciera contarse entre quienes han desarrollado una afectividad de claro corte empático, más acorde a la que refiere Gerchunoff cuando le escribe a Darío en 1896: “Pero permítame una queja: ¿Por qué en su carta no me habla de usted, de lo que hace, de lo que prepara, de su vida, en fin, y de sus obras nuevas? Ya sabe que nada me preocupa a mí tanto como lo que en la vida de usted tiene interés.”³¹

²⁵ Esto atañe al dilema de la profesionalización del escritor en la sociedad burguesa: un tópico modernista.

²⁶ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 58.

²⁷ Rubén Darío, *Epistolario selecto*, selección y notas Pedro Pablo Zegers y Thomas Harris, prólogo por Jorge Eduardo Arellano (Santiago de Chile: Lom Ediciones, 1999), p.112.

²⁸ Darío, Rubén, *Epistolario selecto*. Cursivas nuestras.

²⁹ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 58.

³⁰ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 59. Subrayado original.

³¹ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 57.

En orden a la estructura de afectividad de la que venimos hablando, Rodó le confiesa a Unamuno: “Lamento que la forma escrita no consienta la extensión y la prolíjidad de las confidencias verbales, pues me agradaría infinito conversar con usted sobre muchos temas que para ambos tienen interés.”³² Estos dichos nos remiten a las conversaciones impulsadas por Alfonso Reyes con Pedro Henríquez Ureña y el filósofo Francisco Romero. La carta, con toda la libertad confesional de que es capaz, no sustituye el diálogo cara a cara.

Emociones morales

Las otras emociones a las que queríamos referirnos atañen a ciertas actitudes expresadas en las cartas, y que solamente se revelan si conseguimos la triangulación de epistológrafos. En otras palabras, lo que A le escribe a B no necesariamente es lo que A piensa de B, ya que en otra carta escrita a C hace saber la opinión verdadera que tiene de A.³³

Tengamos en cuenta este episodio que envuelve a dos figuras del modernismo que están enfrentadas: Darío y Gómez Carrillo. Este último, que ha recibido pedidos de que publique datos de Darío que otros escritores le han hecho llegar, dice que, si lo hace, publicará también los nombres de los informantes para “castigar sus hipocresías”, puesto que “cuando se escriben cartas así no se publican luego tiernas despedidas”.³⁴

En tal sentido, a propósito de un prólogo escrito por Miguel de Unamuno al libro *Paisajes parisienses*, de Manuel Ugarte³⁵, se suscita una polémica entre Darío y Unamuno por el tono afrancesado del libro de Ugarte. Pese a que en otros textos epistolares Darío se muestra afable y condescendiente con el escritor español, en una carta que le escribe a Ugarte desde Dieppe el 24/08/1901, a propósito de ese prólogo, le confiesa lo que realmente piensa de Unamuno:

“Tiene U. razón: Unamuno es lo que dice: un hombre con un siglo de atraso, *vasco jansenista de gran ingenio, leído y metido en Salamanca*. No hay más que hacer. Enviaré sin embargo el prólogo a la Nación, así como Ud. ha de publicarlo. *Creo que jamás nos entenderemos con Unamuno. Vino a París y lo que vio fue a una andaluza que hablada francés*. No nos entenderemos con Unamuno! Después de

³² José Enrique Rodó, *Miguel de Unamuno. Epistolario*, p. 10.

³³ Carlos Castilla del Pino nos advierte: “Si bien no todos disponemos de estructuras tales como la envidia, el odio, la soberbia, la cursilería o la mendacidad, todos podemos llegar a usarlas eventualmente y con mayor o menor frecuencia, e incluso revestirnos de una o varias para presentarnos habitualmente ante los demás de tal manera que esa actitud acaba convirtiéndose en una constante o una casi constante en nuestra estructura personal.” Castilla del Pino, *Conductas...*, p. 9.

³⁴ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 61.

³⁵ Manuel Ugarte, *Paisajes parisienses*, pról. por Miguel de Unamuno (París: Garnier Hermanos, 1903).

leer ese prólogo *lo castigaría casándolo con Gómez Carrillo* y haciéndolo vivir en Montmartre.”³⁶

Como se observa, esta confesión es compartida tanto por uno como por otro escritor, ya que, al parecer, Ugarte le ha escrito a Darío la frase “un hombre con un siglo de atraso” refiriéndose a Unamuno, a pesar de que el escritor argentino ha sido quien le ha solicitado el prólogo a Unamuno. Pero la insatisfacción que le han dejado las opiniones del vasco sobre su libro lo empujan a cierta maledicencia. Pese a ello, en el epistolario Unamuno-Ugarte las muestras de admiración del argentino son abundantes y efusivas.

La polémica continuará, ya que Darío escribirá el prólogo a *Crónicas del Bulevar*³⁷ de Ugarte. Si la diferencia de criterios se extiende, es porque está en juego la relación de los hispanoamericanos con la cultura literaria francesa, el centro paradigmático de los grandes cambios en la literatura de lengua hispana. Rubén Darío no está dispuesto a evitar dicha confrontación.

A propósito de la referencia irónica de Rubén Darío, cuando dice que “castigaría” a Unamuno casándolo con Enrique Gómez Carrillo, esta resulta propicia para introducir otra emoción que fluctúa entre la envidia, los celos y las sospechas por parte de Gómez Carrillo, y de desconsideración o frialdad hacia el escritor guatemalteco por parte de Rubén Darío. Todo ello dentro de un marco en el que la confianza mutua se altera por las murmuraciones que corren en el ambiente literario de cafés, tertulias y cartas. Estas murmuraciones corren más rápido que las ideas y ocupan el lugar de “ruidos distorsionadores” de la comunicación, que ponen en peligro las amistades, a veces las quiebran y comprometen las redes.

Escribe Darío: “Yo continuaré el mismo, en nuestra amistad intelectual. Por otra parte, nunca he hablado de cosas de su vida privada. Yo tengo a ese respecto, ideas distintas. Si Ud. muere antes que yo, no digo que no hablaré,—siempre altamente—de todo.”³⁸ Gómez Carrillo ya ha tomado recaudos, diciéndole que varios escritores argentinos le advierten sobre que Darío quiere dañar su reputación, y amenaza: “todos sus amigos me han escrito dándome datos sobre usted y pidiéndome que los publique.”³⁹ El escritor guatemalteco padece por la imagen que se han formado de él, e incluye en ello también a Darío: “Usted, como casi todos, me cree ondulante y ligero, hombre con alma de mujer pública, etc.”⁴⁰

³⁶ Archivo General de la Nación (Argentina). Subrayado nuestro.

³⁷ Manuel Ugarte, *Crónicas del bulevar*, prólogo de Rubén Darío (París: Garnier Hermanos, 1903).

³⁸ Rubén Darío, *Epistolario selecto*, p. 66.

³⁹ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 61.

⁴⁰ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, p.71.

En estos incidentes interceden varios escritores, entre ellos Rufino Blanco Fombona, a quien Gómez Carrillo le dice, a propósito de una colaboración en una revista que Blanco Fombona le ha solicitado, que lo haría, pero “como estoy ofendido por la conducta de Rubén, no puedo en el caso presente hacerlo /.../ Además yo he sabido por mil conductos las cosas que Rubén dice de mí y las amenazas que me hace. Ud. es el único que me dice que Rubén me estima. Los demás dicen lo contrario.”⁴¹

Hemos dicho que con el modernismo se pone en marcha la desigual batalla por la autonomía del arte y la profesionalización del escritor. Rubén Darío encabeza este empeño y en sus cartas se dejan ver sus preocupaciones y desvelos por el sustento económico y el deseo de vivir de lo que se escribe.

En una carta escrita desde París (13/08/1910) al administrador del diario *La Nación* (Buenos Aires), dice Darío: “Tomo nota de que el folleto que le remití y que comenzarán a publicar a la terminación de los que aparecen actualmente, me será abonado a razón de tanto por centímetro, según estila La Nación; esperando se me aplique la misma tarifa que se me aplicaba cuando hacía yo traducciones para La Nación.”⁴²

Pese a la legitimidad de esta preocupación, todavía existen ideas sobre la bohemia como un modo de enfrentar la vida burguesa. Así, Gómez Carrillo escribe en un prefacio a una de sus novelas: “Cuando Rubén Darío tenía talento (¡oh póstumo!) estuvo a punto de asesinar a un amigo suyo que le llamó bohemio.”⁴³ Es así como la pretensión dariana de vivir del trabajo intelectual es objeto de recriminación de parte de Gómez Carrillo.

Sin embargo, el argentino Alberto Gerchunoff le reconoce todos los méritos a Darío, cuando le propone una publicación en Buenos Aires que le dejará algún rédito económico, moviendo algunas influencias. “Le aseguro de antemano que nada —le escribe Gerchunoff— sufriría con ello su amor propio: lo haré discretamente y siempre como iniciativa personal mía, sin invocar su nombre.”⁴⁴

Muy distinta es la actitud del escritor guatemalteco en tiempos en que dirigía el *Nuevo Mercurio*, por ejemplo. Cuando otros colaboradores le dicen que Darío es redactor y amigo de la revista, él les contesta: “Yo les he dicho que usted no es redactor sino de los periódicos que pagan.”⁴⁵ O cuando, con ironía, le manifiesta al poeta: “Me alegra de que al fin tenga usted

⁴¹ [carta] 1900, Nesles, Francia. Gómez Carrillo, E. / Blanco-Fombona [manuscrito] Biblioteca Nacional de Chile, Archivo Rubén Darío.

⁴² Darío, *Epistolario selecto*, p.42.

⁴³ Enrique Gómez Carrillo, *Bohemia sentimental* (París: Librería Americana, 1911), p. VI.

⁴⁴ Darío, *Epistolario selecto*, p. 113.

⁴⁵ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 64.

necesidad de escribirme. Yo ya sabía que sólo los intereses sagrados del dinero —tan necesarios para la vida poética— podían mover su pluma o sus pasos.”⁴⁶

Para concluir, hemos querido poner en contraste dos codificaciones provenientes de los actos de habla, de acuerdo con la propuesta de Todorov. Por un lado, la carta y, por otro, el diario, de cuyo análisis nos hemos ocupado en otro momento.⁴⁷ En nuestras reflexiones, este discurso nos ha servido, en términos generales, como un modelo de oposición para la verificación de algunas de nuestras intuiciones.

La distancia que separa a cada una de estas retóricas del yo, es la mayor o menor sociabilidad que las caracteriza. Tal sociabilidad posibilita dimensionar la densidad vital de los sujetos en las tramas de cultura. La carta, por añadidura, al ser esencialmente un género dialógico, se convierte en un medio ideal para los “fundadores de discursividad” (noción foucaultiana que refiere a Marx o Freud como “fundadores de discursividad”)⁴⁸.

Asimismo, las cartas constituyen herramientas muy fructíferas para el desarrollo de redes intelectuales, pues permiten sortear la distancia y el tiempo, por ser emisiones siempre diferidas y no instantáneas (como puede ocurrir en la actualidad). La “energía emocional” necesariamente surca estos discursos del yo, en la modalidad de la confesión, el reclamo, la admiración, o sus contrarios: la envidia, el recelo, el doble discurso, como pudo comprobarse en la red iberoamericana.

No obstante, la condición para que se produzcan las estructuras reticulares es la existencia de una “energía emocional” que estreche vínculos; de no ser así, la misma “energía” creará el efecto contrario. Pudimos ver algunos casos en que las emociones, tal como la sociología, la psicología o la antropología las estudian, fluyen a través de los epistolarios, creando tramas invisibles pero efectivas a la hora de la producción discursiva.

Vimos algunos ejemplos de la función de las emociones que tienen que ver con los celos, la envidia u opiniones que no se condicen con lo dicho a otros correspondentes. Ello ha sido posible gracias al entrecruzamiento de cartas que permite darles la verdadera significación que tienen estas emociones. Por tanto, puede afirmarse, desde un punto de vista metodológico, que no todo lo que se dice en la carta privada se respalda en la verdad. La relativización de estas verdades se logra mediante las intercepciones de otros discursos epistolares.

⁴⁶ Ghiraldo, *El archivo de Rubén Darío*, p. 65.

⁴⁷ Claudio Maíz, “El diario modernista en Hispanoamérica. Quiroga, Blanco Fombona, Vargas Vila”, *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*, nº 3, Barcelona, 1998, pp. 49-62.

⁴⁸ Michel Foucault, *¿Qué es un autor?*, Traducido por Silvio Mattoni (Córdoba: El cuenco de plata, 2010).

Finalmente, la red iberoamericana de comienzos de siglo llegó a constituirse por dos factores interrelacionados: por un lado, el isomorfismo, que amplió la cartografía cultural y, por otro, la energía emocional que, aunque con vaivenes, estableció una sociabilidad en la que las relaciones amistosas y de fraternidad se impusieron.